

LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS HISPANOAMERICANAS EN LA LUCHA TRANSNACIONAL PARA LA RUPTURA DEL ANTIGUO ORDEN ABSOLUTISTA. LAS RELACIONES ENTRE PRÓCERES Y PATRIOTAS ITALIANOS (1800-1830)

*Graziano Palamara*¹

Universidad Católica de Colombia

Resumen

El trabajo propone una reflexión sobre la independencia latinoamericana, considerada como proyecto político-cultural conectado a la crisis del antiguo régimen absolutista y como un modelo para la emancipación y la unidad de la península italiana. La reflexión –fundada sobre el análisis crítico de la producción historiográfica latinoamericana e italiana– ayuda a entender no solo las interconexiones entre las fuerzas históricas y culturales que confluyeron en la coyuntura revolucionaria al comienzo de la edad contemporánea, sino también los vínculos y los sentimientos políticos que unieron la emancipación de las colonias hispanoamericanas al Resurgimiento italiano.

* Fecha de recepción 8 de enero de 2014; fecha de aceptación 24 de abril de 2014.

1. El artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado con el grupo “Aldo Moro” de la Maestría en Ciencia Política de la Università degli Studi di Salerno en convenio con la Universidad Católica de Colombia

Licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad de Salerno, donde ha conseguido también el doctorado y el posdoctorado en Teoría e Historia de las Instituciones. Desde 2004 colabora con la cátedra de Historia Contemporánea de la facultad de Ciencias Políticas de la Università degli Studi di Salerno. En 2005 consiguió una especialización en Archivística, Paleografía y Diplomática en la Escuela de Archivística, Paleografía y Diplomática del Archivo de Estado de Nápoles. De 2007 a 2011 fue docente de Historia de las Relaciones Internacional en la Universidad de la Toscana de Viterbo. Desde el 2012 es docente de planta de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia, en convenio con la Università degli Studi di Salerno. Como miembro del grupo “Aldo Moro” estudia con especial interés las relaciones entre Italia y América Latina en la edad contemporánea. gplamara@ucatolica.edu.co



Palabras clave

Independencia latinoamericana; emancipación; Resurgimiento italiano; intercambios intelectuales; liberalismo internacional.

Abstract

The essay focuses on the Latin American independence, which is considered as a political-cultural project connected to the crisis of the old absolutist regime and as a model for emancipation and unity of the Italian Peninsula. The analysis is based on an incisive vision of the Latin American and Italian historiography: it helps to understand the connections between the historical and cultural forces that converged in the revolutionary conjuncture at the beginning of the contemporary age. At the same time, it also clarifies ties and political feelings that connected the emancipation of the Spanish American colonies to the Italian Risorgimento.

Keywords

Latin American independence; emancipation; Italian Risorgimento; intellectual exchanges; international liberalism.

Introducción

La emancipación de las colonias españolas representó uno de los momentos culminantes de esa intensa época revolucionaria que, empezada con la independencia norteamericana y transitada por la Revolución Francesa, habría alcanzado repercusiones mundiales en 1848.

Los acontecimientos, las motivaciones y los debates que produjeron la ruptura de los vínculos coloniales entre los territorios hispano-americanos y Madrid no fueron, de hecho, un fenómeno aislado. Más bien, confirmaron la profundidad de un proceso de transformaciones económicas y políticas amplio, de alcance global, capaz de repercutirse desde América hasta Europa y Asia y generar, así, una presunta edad de “revoluciones convergentes”.² Las convergencias –como explican los más recientes enfoques de la *world history*³– estaban en la

2. C. A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*, Siglo XXI, Madrid 2010, pp. 76-119. Título original *The Birth of the Modern World. 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Blackwell, Oxford, 2004.

3. Para una primera y más reciente reflexión sobre la *world history* cfr. L. Di Fiore, M. Meriggi, *World History. Le nuove rotte della storia*, Editori Laterza, Roma-Bari, 2011.



confluencia, interacción y unión de procesos económicos, políticos, sociales e intelectuales que cada área geográfica experimentaba y estimulaba, asegurando una fructuosa hibridación de culturas diferentes.⁴

América Latina no fue una excepción. Entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX se confirmó la larga duración de los vínculos que, después del encuentro del Nuevo Mundo, habían conectado a esos territorios con las comunidades europeas, africanas y asiáticas.⁵ Por medio de la explotación y del aprovechamiento de una red de transmisión y de circulación intelectual preexistentes, la región captó, absorbió y contribuyó a la formulación de esa pluralidad de nuevos conceptos para enfrentar cualquier forma de poder no legitimado por el “pueblo”.

En el área, de hecho –si bien solo prevalentemente en ambientes restringidos– empezaron a circular una serie de “instrumentos” útiles a los *próceres* de la independencia para respaldar sus reivindicaciones y estimular nuevas percepciones, tanto de la realidad como de la historia colonial. Entre estos se encontraban, la literatura de la Ilustración francesa, las obras de los padres de la independencia estadounidense y la constitución norteamericana. Al mismo tiempo, se iba difundiendo la imponente influencia de la cultura y de la política británica. En esa época, por otra parte, Inglaterra constituía el centro de una red internacional de políticos y pensadores de orientación progresista que se extendía también fuera de Europa, incluyendo escritores, patriotas y diplomáticos latinoamericanos. Además, este país propiciaba una amplia tolerancia para los refugiados políticos por la excepcional y estimulante amplitud de sus espacios públicos. De esa forma, Londres representaba –junto con París y Bruselas– el lugar de exilio privilegiado. Muchos de lo que conspiraban y luchaban contra la presencia colonial allende el océano pudieron gozar, por lo tanto, de las oportunidades que la tierra británica ofrecía, frecuentar sus círculos intelectuales y entrar en contacto, entre otras, con las obras de Locke, Burke y Bentham.

Gracias a estos fenómenos de convergencias y contactos, las luchas independentistas de Latinoamérica fueron marcadas por una relevante homogeneidad ideológica con las revoluciones liberales que agitaron

4. C. A. Bayly, S. Beckert, M. Connell, I. Hofmeyr, W.Kozol, P. Essd, *AHR Conversation: On Transnational History*, in «The American Historical Review», 111 (2006), pp. 14440-1464.

5. M. Carmagnani, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004 e Id, “La Storia mondiale e l’America Latina”, en *Traiettorie della «World History»*, P. Capuzzo, E. Vezzosi (eds.), en *Contemporanea*, n.1 gennaio 2005, pp. 120-125.



el área mediterránea en los años veinte.⁶ Tanto las primeras como las segundas tuvieron sus propias raíces en la cultura de la Ilustración y compartieron ideas y principios mezclados con tradiciones locales. Juntos comprobaron que era en curso un proceso de universalización de las ideologías revolucionarias que veían en la soberanía popular, en la garantía de los derechos constitucionales y en el sistema representativo las precondiciones para cualquiera forma de gobierno.⁷

Como en otros lugares del mundo, entonces, el objetivo de quien en América Latina asumió hábitos revolucionarios fue la realización de una plataforma política vinculada a garantías constitucionales y liberales. Toda el área, en este sentido, se fue transformando de forma paulatina en un espacio central para la acción y el trabajo de la que ha sido llamada una verdadera y propia internacional liberal.⁸

Como tal, América Latina se convirtió en un punto de referencia para gran parte del liberalismo europeo y, dentro de este, por supuesto, del italiano. Entre los que apreciaron a América Latina como a una realidad fundamental para la propagación de la libertad y la definitiva superación de un “antiguo orden”, de hecho, se encontraban muchos exiliados y perseguidos políticos originarios de la península italiana. Estos, en algunas ocasiones, no solo tomaron parte activa en las luchas independentistas, sino más bien trataron de establecer vínculos concretos entre la emancipación de las colonias españolas y la revolución de una Italia todavía dividida en diferentes Estados dinásticos-territoriales. La liberación del yugo colonial español y la fundación de regímenes republicanos, después de lo ocurrido en Norteamérica, fue considerada, en efecto, como la demostración que la coyuntura revolucionaria de Occidente constituía ya un proceso irreversible. Por lo tanto, entre la generación que planeó y realizó la independencia hispanoamericana y la “vanguardia prerresurgimental”⁹ se fue construyendo una relación estrecha, tal vez viciada por la falta de conocimientos recíprocos, pero siempre capaz de comprobar el alcance de los intercambios intelectuales que

6. Entre otros, J. Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, 1999; M. Isabella, *Il movimento risorgimentale in un contesto globale, en La costruzione dello Stato-nazione in Italia*, al cuidado de A. Roccucci, Viella, Roma 2012, pp. 87-107.

7. F. Venturi, *Le rivoluzioni liberali*, in *Le Rivoluzioni borghesi*, al cuidado de R. Romano, 5 voll., Vol. IV, *Storia delle Rivoluzioni*, Milano 1973, pp. 193-208.

8. Sobre el tema véase sobretodo M. Isabella, *Il Risorgimento in esilio. L'internazionale liberale e l'età delle rivoluzioni*, Laterza, Roma-Bari, en particular pp. 29-42.

9. Así los ha definido hace pocos años Anna Maria Del Grosso en *Patria e umanità: l'azione politica dei patrioti italiani in America latina*, en *Fondazione Casa America, Il Risorgimento italiano in America Latina*, Atti del Convegno Internazionale, 24-25-26 novembre 2005, Ancona, Affinitàlettive, 2006, pp. 31-46.



acompañaron todo el proceso revolucionario de Occidente entre los siglos XVIII y XIX.

A partir de estas premisas, el trabajo que aquí se presenta se propone una reflexión sobre la independencia latinoamericana como proyecto político-cultural conectado a la crisis del antiguo régimen absolutista y, a su vez, capaz de presentarse como un modelo para la emancipación y la unidad de otros territorios: en el caso específico, de aquellos italianos. La reflexión –fundada sobre el análisis crítico de la producción historiográfica latinoamericana e italiana– puede ser útil para entender, de una manera más profunda, no solo las interconexiones entre las fuerzas históricas y culturales que confluyeron en la coyuntura revolucionaria al comienzo de la edad contemporánea, sino también los vínculos y los sentimientos políticos que unieron la independencia hispanoamericana al Resurgimiento italiano.

La independencia latinoamericana en las revoluciones del Occidente

Como se anticipaba, la emancipación de las colonias españolas no fue un fenómeno separado de la dimensión histórica de la época; tampoco un acontecimiento únicamente interno a la realidad imperial y a la naturaleza de las relaciones que cada colonia tenía con su madre patria. Todo el proceso, más bien, se conectó y entrelazó a las dinámicas transnacionales que marcaron la “edad de las revoluciones”.¹⁰ hechos materiales y substratos culturales. Asuntos externos, como la prisión de la corte española y el asentamiento de un extranjero en el trono de Madrid, de hecho, actuaron como catalizadores sobre las tensiones ya activas en las colonias, mientras la “movilización internacional de las ideas” aseguraba modelos doctrinarios para cambios y transformaciones.

Las luchas con que Simón Bolívar, Antonio Nariño, Camilo Torres, Francisco de Paula Santander, José de San Martín, Bernardo O’Higgins, Miguel Hidalgo, José Artigas –solo para citar algunos de los nombres más representativos– aseguraron la independencia de la América hispánica, se fundaron sobre un lenguaje nuevo, proyección de ideas revolucionarias que permitían romper el orden antiguo. Era el lenguaje de una “sociedad civil” transnacional animada por convicciones y objetivos políticos liberales que trascendían confines y territorios.

10. C. A. Bayly, *The “Revolutionary Age” in the Wider World, c. 1790-1830*, en *War, Empire and Slavery, 1770-1830*, de R. Bessel, N. Guyatt, J. Rendall, Palgrave Mac-millan, London 2010, pp. 21-43.



La articulación de la región latinoamericana con esta “sociedad civil” transitó a través de dos momentos distintos, pero estrechamente conectados entre sí: un primer momento –más o menos coincidente con la fase independentista y su gestación– para la promoción de objetivos liberales *en* América Latina; un segundo momento –siguiente a la ruptura de los vínculos coloniales– para un nuevo impulso a la difusión de las corrientes liberales *desde* América Latina.

En el primero momento, de hecho, la generación que planeó y realizó la ruptura del vínculo colonial con España recibió y asimiló todo un ideario funcional a proponer la emancipación, pensar hasta qué punto delimitarla y meditar sobre sus fines. De este repertorio hacían parte ideas y principios que ya habían venido germinando, gracias a obras como la de Francisco Suarez,¹¹ y que con el estallido del proceso revolucionario del final del siglo XVIII encontraron su definitiva floración y aparición. Entre estos, la idea de la igualdad en la representación, el reconocimiento de los derechos fundamentales e imprescriptibles, la soberanía popular, la igualdad en materia de derechos políticos y el principio de la libre determinación de los pueblos.¹²

Las vías que llevaron al ingreso de estas ideas en el área fueron diferentes. En primer lugar resultó esencial la llegada y la circulación en la región de textos, libros y obras; es decir, fundamentos de una “literatura de la emancipación” que paulatinamente supo encontrar una concreta sistematización tanto en los primeros periódicos y diarios como en los escritos cardinales de los prohombres del movimiento revolucionario latinoamericano. Desde la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano con varias máximas republicanas* de Juan Bautista Picornell, hasta las *Ideas necesarias para todo el pueblo independiente que quiera ser libre* de Vicente Rocafuerte, pasando por la *Carta a los españoles americanos* de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, muchos escritos acogieron y reprodujeron las ideas asimiladas a través de la lectura de autores como Locke, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, los discursos de John Adams, Thomas Jefferson y George Washington y textos como la Declaración de Independencia de las trece colonias inglesas o la Constitución de Estados Unidos de América. Se fueron difundiendo así aspiraciones libertarias, patrióticas y cívicas en América Latina, dando continuidad al mismo fermento ideológico que ya había caracterizado a Europa y Norteamérica.

11. J. Lynch, *Simón Bolívar*, Crítica, Barcelona, 2006 p. VII. Título original, *Simon Bolivar. A life*, Yale University Press, 2006. p. 42.

12. Para una más reciente reflexión sobre estas ideas cfr. P. Guadarrama, *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia* Vol. I., Planeta, Bogotá, 2012.



Al igual que en estas regiones, además, la proliferación de un vasto universo de ideas promovió también un nuevo lenguaje. Vocablos novedosos, como lo de “ciudadano”, y términos antiguos pero que expresaban nuevos significados, como lo de *representación*, empezaron a repercutirse en las asambleas, en la prensa y en la marea de proclamas, diálogos, arengas y catecismos¹³ emitidos para fomentar una nueva conciencia crítica.¹⁴

Los canales entre los cuales circulaban las ideas de emancipación eran restringidos. Quienes compartían el nuevo ideario, de hecho, eran casi exclusivamente criollos ilustrados. Fueron ellos, representantes de una más robusta cultura filosófica y literaria, a dar fuerza al proceso emancipador con un proyecto intelectual dotado de bases políticas libertarias.

En cambio, la mayoría de la población quedaba ajena y lejana de los procesos de movilización de las ideas. Sin embargo, no faltaron esfuerzos e iniciativas para asegurar al nuevo fermento ideológico una participación más amplia, fundada en primer lugar a la “ilustración de los ciudadanos”. Entre los aportes más adecuados, en este sentido, estuvieron los de Simón Rodríguez y sus intentos de procurar una renovación de las ideas educativas. Entre tanto, a su lado, a pesar de la represión y de la vigilancia de las autoridades coloniales, se intentó hacer circular una vasta producción popular encaminada, de forma paulatina, a generar espíritus libres y críticos.¹⁵

Ante que se tomaran las armas, los conceptos y las nociones a que se habían apuntalados la revolución norteamericana y francesa ya promovían, entonces, una conciencia emancipadora, mientras que las “novedades discursivas” expresaban los anhelos de autodeterminación y los esfuerzos por romper con la dependencia colonial. Toda América Latina, en tal sentido, se convirtió en un nuevo espacio para ese proyecto político-ideológico que percibía el liberalismo como la

13. A manera de ejemplo véanse *Diálogo entre Atabalpa y Fernando VII en los Campos Elíseos* de B. de Monteagudo; *Diálogos* de B. Hidalgo; *Diálogos de diversos muertos sobre la independencia de América* de J. C. del Valle; *Catecismo político cristiano* de J. A. de la Patria; *Catecismo religioso político contra el real catecismo de Fernando VII* de J. G. Roscio; *Proclama a los pueblos de América* de M. Rodríguez de Quiroga; *La Arenga* de J. P. Montúfar; *La representación de los hacendados* de M. Moreno; *Memorial de agravios* de C. Torres y el *Proclama* C. Henríquez.

14. Por una primera reflexión sobre este nuevo lenguaje cfr., entre otros, Waldo Ansaldi, *Unidad y diversidad en el pensamiento político*, en G. Carrera Damas (dir.), J. V. Lombardi (dir.), *La crisis estructural de las sociedades implantadas*, Historia general de América Latina, Vol. 5, 1999 pp. 403-422.

15. N. Osorio Tejada, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, pról. de J. C. Rovira, Cuadernos de América sin nombre, Santiago de Chile, 2000, pp. 19-38.



«expresión de la modernidad superadora del antiguo régimen»¹⁶ y que quería romper con esquemas de pensamientos que legitimaban la existencia de un sistema vertical y autoritario.

Al concretarse los proyectos nacionales de formación estatal, muchas de las propuestas liberales invocadas durante las etapas de la lucha independentista habrían cedido el paso a posturas conservadoras. En muchos casos, la preocupación por las doctrinas que habían inspirado a los criollos en el movimiento de ruptura colonial habría pasado a un segundo plano, en nombre de mecanismos más prácticos para detentar el poder. Pese a esto, quedaba la importancia de un proceso revolucionario que había puesto a disposición de los precursores, ideólogos y realizadores de la independencia no solo un nuevo bagaje de ideas y principios ya triunfantes en Europa y Norteamérica, sino también la oportunidad de asegurar a estas mismas argumentaciones una específica sistematización en la realidad subcontinental.

La otra importante vía que permitió el vínculo de la región al liberalismo internacional pasó por la que puede ser llamada la “América Latina afuera de América Latina”. Es decir, la acción de una emigración política y cultural –conformada no solamente por exiliados y desterrados– que al exterior pudo impulsar el ingreso del área en la coyuntura revolucionaria del Occidente, ya ante que se generara el impacto de la invasión napoleónica en España, a través de dos formas íntimamente conectadas entre sí: de un lado, llamando la atención de la naciente opinión pública occidental sobre la realidad americana; del otro, tejiendo contactos y relaciones con los ambientes políticos e intelectuales norteamericanos y europeos más dinámicos.

El fenómeno conoció una primera etapa ya en la segunda mitad del siglo XVIII, después de la expulsión de los jesuitas. Fueron estos, de hecho, después de la medida decretada por Carlos III, a asumir la tarea de difundir «el conocimiento y de formar conciencia sobre la realidad americana en los medios europeos».¹⁷ La operación resultó funcional al desarrollo del movimiento emancipador, también porque –como señalado por John Lynch– «la literatura de los jesuitas exiliados pertenecía más a la cultura hispanoamericana que a la española» y muchas veces ellos se presentaban como «los intérpretes de sentimientos regionalistas que ya se habían arraigado en el espíritu criollo».¹⁸ Según lo planteado por Nelson Osorio, entre los ejemplos

16. W. Ansaldi, *Unidad y diversidad en el pensamiento político* cit., p. 403.

17. N. Osorio Tejeda, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX* cit., p. 27

18. J. Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, Editorial Ariel, Barcelona, 1985, p. 43.



más importantes de las contribuciones aportados por los jesuitas a la generación de la independencia está la *Carta a los españoles americanos* redactada en 1791 en francés por el abate Viscardo.¹⁹ En el documento, que define el Nuevo Mundo como “nuestra patria”, aparece claramente la idea de independencia como emancipación y como reasunción de “nuestros derechos propios y de nuestros sucesores”. En cierta medida, el documento marcaba también el ingreso a una segunda etapa de intercambios intelectuales que serían posteriormente favorables al proceso de liberación del yugo colonial. Más allá de las obras que habían querido ofrecer una proyección de la América hispánica, la Carta de Viscardo bien sintetizaba, en efecto, las aspiraciones de los criollos en el exterior de promover más concretos proyectos revolucionarios.

No asombra, en este sentido, que unos años después, en el 1799, Francisco de Miranda editaba la *Carta a los españoles americanos* y promovía su circulación por toda América.

Miranda, de hecho, puede considerarse el representante más importante de esa diáspora latinoamericana que, buscando apoyos internacionales a los programas independentistas, más supo asegurar a la región un diálogo con modelos y culturas externas. La experiencia sufrida hizo del *precursor* el ejemplo del héroe romántico, llamado a compartir el destino de quien luchaba por la libertad y un sufrimiento que ennoblecía la devoción a la causa.²⁰

Pero él no fue el único. Más bien, alrededor de Miranda se reunieron algunas de las figuras más destacadas de la generación de la independencia. Sin insistir demasiado en la identidad de grupo, es posible individuar algunos rasgos comunes de esta generación: individuos nacidos entre el siglo XVIII y XIX, criados y educados en las décadas que marcaron el paso desde el “despotismo ilustrado” –de inspiración para las reformas borbónicas en las colonias españolas– hasta los asuntos revolucionarios y napoleónicos. Desde el punto de vista social, se trataba por lo general de hombres de origen agraria, muchas veces nobles o hijos de familias políticas, dotados de una buena educación. Se dividían entre partidarios monárquicos y republicanos. Solo algunos podían considerarse verdaderos conspiradores; pero todos, quien más quien menos, estaban vinculados a la masonería, a las diferentes

19. M. E. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la Independencia Hispanoamericana*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1983.

20. Sobre Miranda, entre otros, véase, C. Bohórquez, *Francisco de Miranda: precursor de las independencias de la América Latina*, Monte Avila Editores Latinoamericana, Caracas, 2006; A. Egea López, *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1983.



sociedades secretas o a sectas conspirativas. Todos, además, deseaban la revolución, más política que social y, más allá de las diferencias de las opiniones políticas, consideraban noble –hasta fundamental para la acción heroica del individuo– la experiencia del exilio, de la cárcel, de la lucha y del sacrificio. Al exterior, estos hombres no solo pudieron seguir con sus estudios y con la actividad política negada en “patria”, sino más bien encontrar un entorno donde estrechar relaciones intelectuales y afectivas.

Todo esto dio lugar a una fructuosa confrontación dialéctica con hombres y culturas de diferentes países y que hoy en día nos permite considerar la independencia latinoamericana también en términos de las que han sido llamadas *travel relations*.²¹

La emigración política, de hecho, permitió a la región participar en formas de transnacionalismo intelectual, gracias al cual el movimiento emancipador pudo absorber de una manera más directa e inmediata, entre otros, los principios del liberalismo francés y británico, así como conocer el funcionamiento de los modelos políticos institucionales extranjeros.

Londres, París y Bruselas, en ese entonces centros políticos y diplomáticos de primaria importancia, fueron la el destino preferido. Vivir o trabajar allí, por otra parte, significaba hallarse en un laboratorio dinámico; una plataforma en donde la consolidación de una siempre más amplia esfera pública y las constantes innovaciones políticas estimulaban incesantemente el debate sobre el liberalismo y, con él, la reflexión sobre los principios que iban a formar parte integrante de las concepciones de la generación emancipadora.

La participación en estos debates, obviamente, no se tradujo en una mera aceptación de conceptos y preceptos. Retomando lo que John Lynch dijo de Bolívar, el estudio de los filósofos de los siglos XVII y XVIII representó una fuente intelectualmente estimulante, utilizada más para reafirmar y ampliar la forma de ver el mundo que para crearla.²² Así que dando prueba de una autonomía intelectual, muchos asimilaron las numerosas justificaciones teóricas sobre las cuales se fundaba la lucha al antiguo orden absolutista y lograron una reelaboración de los argumentos en vista de una adaptación a la realidad latinoamericana. En contra de un enemigo ideológico común, el régimen colonial, pudieron formularse versiones de liberalismo más

21. Concepto de J. Clifford en su trabajo *Travelling Cultures*, en *Cultural Studies*, de L. Grossberg, C. Nelson, P.A Treicher, New York – London 1992, pp. 96-112.

22. J. Lynch, *Simón Bolívar* cit., p. 38.



o menos radicales y propuestas gubernativas diferentes.²³ Al mismo tiempo, se desarrolló la convicción que para construir nuevos sistemas institucionales era oportuno respetar también la cultura y las tradiciones locales, y que los modelos políticos extranjeros no se podían importar sin ajustes.

El problema de qué tipo de organización política, económica, social y cultural se necesitaba en Hispanoamérica se habría profundizado después de la liberación de la dominación española. Entre tanto, el carácter transnacional de las reflexiones contribuyó a establecer un puente intelectual que conectase firmemente el área a toda la comunidad que reivindicaba un nuevo orden y la dotara de todos los instrumentos necesarios para satisfacer anhelos políticos revolucionarios.

Cuando las consecuencias de las guerras europeas, con el establecimiento de José Bonaparte en el trono de Madrid, impulsaron la emancipación de las colonias españolas, América Latina ya gozaba, entonces, del ideario necesario para dar una dirección concreta a la lucha. La toma de las armas y las batallas sobre el campo habrían asegurado a esta la victoria final, consagrando el definitivo ingreso de la región en la coyuntura revolucionaria del occidente.

El atractivo latinoamericano para los patriotas italianos

Hasta los años veinte del siglo XIX, América Latina pudo sacar provecho de su progresivo vínculo con los circuitos del liberalismo internacional para la importación y el ajuste de los proyectos políticos-culturales y los planes conspirativos aptos a la conquista de la independencia. Después de la ruptura del yugo colonial, el área no solo no abandonó estos circuitos, sino más bien los fomentó, ofreciendo con sus jóvenes repúblicas nuevas ocasiones para el desarrollo del liberalismo. Como tal, sobre todo al comienzo, la región latinoamericana pudo devolver al imaginario político europeo de inspiración liberal y republicana parte de esa fe en el triunfo de los ideales revolucionarios que el Viejo Mundo había antes contribuido a transferir allende el océano y que ahora, en plena época de Restauración, resultaban difíciles a sostener.

23. En el capítulo *Modelos y utopías frente a la realidad hispanoamericana*, pp. 251-270, en su obra *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*, J. Ocampo López explica de manera meticulosa la división que ocurrió entre lo que manifestaron una verdadera "fiebre" para los modelos extranjeros y los que defendían la necesidad de adoptar esquemas e instituciones totalmente adecuadas sobre la realidad latinoamericana.



Después de la independencia norteamericana, de hecho, la liberación de las colonias españolas fomentó la idea ante a los liberales europeos de que América se había convertido en el único centro de protección y respaldo para las libertades. Un espacio en el cual insertarse y de donde extraer inspiración para derrocar los despotismos europeos.

Entre los círculos liberales que siguieron con mayor atención los acontecimientos latinoamericanos estuvieron los de la península italiana. Estos habían contribuido al desarrollo de formas de transnacionalismo intelectual con todo el peso de la herencia de la tradición reformadora y de la ilustración italiana. Posteriormente, la Revolución Francesa y la extensión de las guerras revolucionarias y napoleónicas a Italia habían fomentado sus orientaciones políticas, lenguajes e ideas de patria. Sin embargo, el desencanto de la experiencia napoleónica y la victoria de la Restauración, habían privado a los patriotas italianos del impulso inicial, así como de la libertad, obligando a muchos a una larga diáspora.²⁴ En este contexto, América Latina supo ejercer un fuerte atractivo. Al ofrecer muchas oportunidades económicas y comerciales, de hecho, la región permitía desarrollar la acción política y conspirativa prohibida en los pequeños Estados de la península y tomar parte activa en la determinación de nuevos sistemas gubernativos.

Un número significativo de italianos, sobre todo exoficiales enrolos en el ejército napoleónico, decidieron atravesar el Atlántico ya después de la caída de Napoleón para apoyar las luchas de los *libertadores*. Allí encontraron los *compatriotas* ya residentes en América Latina que habían acogido con fervor y participación las exhortaciones de Bolívar hacia la causa independentista. El apoyo que estos brindaron a la conquista de las libertades americanas hizo que a dichas personalidades se les consideraran como un tipo de “vanguardia pre-resurgimental”. Sobre ellas se han realizado varios estudios²⁵ y, a pesar de que muchos nombres sigan estando en la sombra, se han podido reconstruir las vicisitudes de célebres figuras que colaboraron con los *próceres* latinoamericanos tanto en función de combatientes, como en la de ideólogos o fundadores de movimientos políticos.

24. La obra que más atentamente recorre estos asuntos es la de M. Isabella, *Il Risorgimento in esilio* cit.

25. Entre otros, M. Vannini de Gerulewicz, *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*, Caracas, 1966; S. Candido, *L'emigrazione politica e di élite nelle Americhe (1810-1860)* en F. Assante (al cuidado de), *Il movimento migratorio italiano dall'Unità ai nostri giorni*, Napoli, 1978, pp. 113-50 e Id., *Combattenti italiani per la rivoluzione bolivariana: corsari e ufficiali*, cit., pp. 1-35. Para una reflexión más reciente véase V. Cappelli, *Storie di italiani nelle altre Americhe: Bolivia, Brasile, Colombia, Guatemala e Venezuela*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2009.



Entre estos italianos –como ha recordado recientemente también Anna Maria Lazzarino Del Grosso²⁶– sobresalieron el turinés Luigi Castelli, el veronés Giovanni Battista della Costa y el romañol Agostino Codazzi. Castelli se fue a América latina después de haber sido oficial en el ejército napoleónico siendo un fiel colaborador de Bolívar; fue ministro de la Guerra y de la Marina y una de las personalidades más importantes de la Independencia, tanto que sus restos mortales fueron guardados en el Panteón Nacional de Caracas.²⁷ También Della Costa se quedó después de la guerra en el país de elección, dedicándose a actividades comerciales y asumiendo la presidencia del partido conocido como “Los filántropos”.²⁸ Codazzi alcanzó en cambio la posición de general y, al final del conflicto, se dedicó a exploraciones, estudios geográficos y topográficos realizando la primera observación científica del territorio venezolano; después de la elección del presidente Monagas, que era su adversario político, se trasladó a Colombia en donde murió en 1859. También él fue sepultado en el Panteón de Caracas, mientras en Colombia se le intituló el Instituto Geográfico.²⁹

Otros patriotas escogieron a América Latina como el terreno fértil para la propaganda de ideas democráticas y republicanas. El ejemplo más notorio, en este sentido, es aquel de Giovan Battista Cuneo, que difundió el pensamiento de Mazzini en Brasil, Argentina y Uruguay, manteniendo el cargo de interventor organizador del partido de acción en América del Sur.³⁰

Al lado de estos nombres se encuentran todos aquellos de otros italianos que saludaron desde Europa el éxito de las luchas independentistas o que quisieron compartir, presencialmente la organización de las nuevas repúblicas. Ambos grupos demostraron de este modo como el cuadrante latinoamericano no era más solo un laboratorio en donde importar ideas, sino más bien un espacio en donde los ejemplos de lucha y la realización práctica de los proyectos políticos pudieran servir, luego, como paradigma para otros países.

26. Cfr. Anna Maria Lazzarino Del Grosso, *Patria e Umanità: l'azione politica dei patrioti italiani in America Latina* cit., pp. 31-46.

27. Cfr. S. Candido, *L'emigrazione politica e di élite nelle Americhe* cit., pp. 119-20.

28. Cfr. *Ivi*, p. 120.

29. Cfr. Anna Maria Lazzarino Del Grosso, *Patria e Umanità: l'azione politica dei patrioti italiani in America Latina* cit., p. 32.

30. Sobre Giovan Battista Cuneo cfr. S. Candido, *La rivoluzione riograndense nel carteggio inedito di due giornalisti mazziniani: Luigi Rossetti e G. B. Cuneo, 1837-1840. Contributo alla storia del giornalismo politico di ispirazione italiana nei paesi latinoamericani*, prólogo de Salvo Mastellone, Firenze, Valmartina, 1973.



Desde las orillas europeas del Atlántico, tanto la vieja como la nueva generación de democráticos italianos empezaron a asumir a Simón Bolívar como ejemplo de coraje y abnegación.

El primer demócrata italiano que se interesó explícitamente por Bolívar fue Luigi Angeloni, «patriarca» del entorno conspirador internacional³¹ y protagonista de la República Romana de 1798-99.³² Después de la caída de Napoleón, en una Europa dominada por la Santa Alianza, Angeloni tomó a Bolívar como modelo para la lucha hacia la política de la Restauración, porque lo consideraba un fiel intérprete de convencimientos republicanos y democráticos. Según Angeloni, los asuntos americanos podían fungir de ejemplo para la regeneración italiana y a ellos, por lo tanto, dedicó mucha atención en sus discursos y reflexiones, usándolos desde un punto de vista resurgimental.

Italia –afirmaba Angeloni– necesitaba de un hombre como Bolívar o Washington, reacio a «viejas y nuevas fatuidades de honores, de títulos»³³ y empujado solo por auténticos sentimientos patrios. La búsqueda de figuras similares a los de los valientes héroes americanos hubiera tenido que afectar sobre todo a las nuevas generaciones. A ellas, pues, Angeloni se dirigió cumpliendo «el último acto políticamente significativo»³⁴ de su larga vida: la redacción de su obra *Alla valente ed animosa gioventù d'Italia. Esortazioni patrie, così di prosa come di verso*. En la obra el demócrata insistió de nuevo sobre la figura de Bolívar, que debía ser imitada para haber liberado de la opresión extranjera la mayor parte de las colonias americanas, llevándolas luego a la libre vida civil.³⁵

Claro fue también el interés manifestado a Bolívar por los mazzinianos y los demócratas quienes, más o menos fielmente, se movieron en la órbita del mazzinianismo. Como los protagonistas de las memorables, pero breves experiencias jacobinas de finales del siglo XIX, ellos celebraron el nombre del *Libertador* llevándolo definitivamente hacia una dimensión casi mítica.

31. Así lo define Alessandro Galante Garrone, *I giornali della Restaurazione 1815-1847*, en V. Castronovo, N. Tranfaglia (al cuidado de), *Storia della stampa italiana*, vol. 2, *La stampa italiana del Risorgimento*, Bari, Laterza, 1979, p. 88.

32. Sobre Angeloni cfr. sobre todo R. De Felice, *Luigi Angeloni*, en “Dizionario biografico degli italiani”, vol. 3, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1961, pp. 243-49 y T. Iermano, *Il giacobinismo e il Risorgimento italiano. Luigi Angeloni e la teoria della forza*, Napoli, Società editrice napoletana, 1983. Se hace mucha referencia a Luigi Angeloni en A. Galante Garrone, *Filippo Buonarroti e i rivoluzionari dell'Ottocento (1828-1837)*, Torino, Einaudi, 1975, II ed.

33. L. Angeloni, *Della Forza nelle Cose Politiche, Ragionamenti IV dedicati all'Italica Nazione*, Londra, 1826, p. 6.

34. A. De Felice, *Luigi Angeloni* cit., p. 247.

35. L. Angeloni, *Alla Valente ed Animosa Gioventù d'Italia. Esortazioni patrie così di prosa come di verso*, Londra, 1837, pp. 615-23. La parte de la obra dedicada a Bolívar se reproduce, con la traducción en castellano, en A. Filippi, *Introducción* cit., pp. 503-05.



Con la intención de corroborar los anhelos de Luigi Angeloni, al comienzo de 1846 el republicano Giuseppe Ricciardi solicitó la necesidad de un líder como Bolívar a fin de que, bajo su propia conducción, se pudiese acelerar el momento del rescate nacional.³⁶ Más explícito aún fue Giuseppe Mazzini, quien muchas veces puso la figura de Bolívar como tema de meditación crítica. Así lo hizo en 1837, cuando el genovés se valió del ejemplo del héroe latinoamericano para acusar al general Ramorino, cuya ambigua conducta, según Mazzini, había causado el fracaso de la expedición de Saboya.³⁷ Y así sucedió también todas las veces que Mazzini recordó a Bolívar para condenar la acción cavouriana y del Piemonte sabaudo.

De toda forma, lo que, quizás, mejor demostró la fuerza atractiva de América Latina para la vanguardia resurgimental fue la ocasión de participación activa que dieron las nuevas repúblicas. Tanto los debates alrededor de las formas de gobierno y de la organización institucional que querían darse los nuevos sujetos independientes, como sus realizaciones prácticas vieron, de hecho, la intervención y la colaboración de exiliados italianos; patriotas que desde ambos lados del Atlántico procuraban experiencias de libertad en busca de modelos elaborables en la península.

Recientemente, Maurizio Isabella ha analizado la dimensión internacional del Resurgimiento y destacado como fueron forjándose las ideas de la comunidad nacional italiana a través del encuentro entre la emigración política de la península y los mayores acontecimientos revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX. El estudio ha confirmado la importancia que la región latinoamericana tuvo para los patriotas italianos y valorado las experiencias más reveladoras de la que Isabella ha llamado la lucha mundial por la libertad.³⁸

Tal fue la experiencia de Giuseppe Pecchio y Fortunato Prandi, quienes en Londres habían estrechado contactos con liberales y diplomáticos hispanoamericanos. Ambos actuaron a fin de propagar las ideas de Bentham en el Nuevo Mundo. Entre el 1825 y el 1833,

36. G. Ricciardi, *Conforti all'Italia, ovvero preparamenti all'insurrezione*, Parigi, 1846, pp. 133-35.

37. Sobre el interés de Mazzini para Bolívar véase, A. Filippi, *Bolívar y Europa en las crónicas del pensamiento político y la historiografía*. Vol. I. Siglo XIX, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1988, en particular la *Introducción*, pp. 491 y ss. Para las cartas en que Mazzini toma Bolívar como ejemplo y objeto de reflexión véase G. Mazzini, *Lettera della Congrega Centrale della Giovine Italia al Generale Ramorino*, el 13 de febrero de 1837, en *Scritti editi e inediti di Giuseppe Mazzini*, Vol. III, Milano 1862, p. 277-91. La carta se publica también en G. Mazzini, *Scritti editi e inediti*, Imola, Edizione nazionale, vol II, 1907; Mazzini, *Lettera alla madre*, Londres el 29 de abril de 1837, en Ivi, *Epistolario*, vol. XII, pp. 393-96. La traducción española se encuentra en A. Filippi, *Introducción*, cit., p. 491 en donde se reproduce una parte de la carta.

38. M. Isabella, *Il Risorgimento in esilio* cit, en particular pp. 29 y ss.



por ejemplo, Pecchio tuvo una densa correspondencia epistolar con José Cecilio del Valle, padre de la independencia guatemalteca. En sus cartas, el italiano sugería medidas económicas y políticas –como la institución de la Guardia Nacional, la venta de los bienes eclesiásticos y la instrucción pública– para conquistar la aprobación de los sectores populares a la causa revolucionaria y transformar Guatemala en una nación moderna. En cambio, Valle pudo contar sobre el apoyo de Pecchio para difundir la identidad histórica y cultural del país centroamericano y dar a conocer a los círculos liberales europeos, entre otras cosas, su constitución federal.³⁹

Aún más significativa fue la experiencia mexicana y la ocasión de debate que esta ofreció a los partidarios del federalismo, así como los seguidores de un modelo nacional más centralizado y nacional. Después de la aprobación de la constitución federal del 1824, de hecho, un pequeño grupo de exiliados italianos quedó comprometido con las violentas confrontaciones entre las dos facciones, de estructura masónica más que partidaria, que se contendían la escena política mexicana: los *yorkinos*, más radicales, y los *escoceses*, de guión más conservadora. De acuerdo con una gran parte de emigrados políticos que en esa época eran favorables a una solución federalista de carácter nacional y democrático también para la península italiana,⁴⁰ en el México independiente, personajes como Claudio Linati y Fiorenzo Galli –fundadores de la revista literaria y política *El Iris*– Giacomo Costantino Beltrami y Orazio Santangelo de Attellis defendieron de manera apasionada la opción federal, considerándola fundamental para rechazar actitudes despóticas.

Entre los años veinte y treinta, el desarrollo de los asuntos internos de México habría sancionado la expulsión de estos hombres. Entre tanto, sin embargo, ellos siguieron proponiendo disposiciones y sugerencias para la construcción de una nación mexicana desde abajo, fundada sobre instituciones federales; las únicas, a sus juicios, capaz de asegurar una progresiva afirmación de la soberanía popular, la eliminación de los privilegios aristocráticos y la adopción de principios democráticos.

América Latina, de toda forma, no ofreció solo bancos de pruebas nacionales. Más en general, en la experiencia histórica y revolucionaria que condujo a la ruptura del vínculo colonial con España, los patriotas italianos pudieron divisar también esos modelos de virtudes

39. *Ivi*, pp. 64-65.

40. *Ivi*., pp. 68-81.



heroicas militares con que cada lucha emancipadora debía contar.⁴¹ Por muchos años –como anteriormente se ha planteado– el ejemplo más poderoso fue el de Bolívar. Sin embargo, cuando el Libertador imprimió una naturaleza autoritaria a algunas sus decisiones –*in primis* la constitución de Bolivia– muchos pusieron en tela de juicio el valor de su modelo. Fue esta la ocasión para alimentar aún más el debate internacional, ya existente, sobre la compatibilidad entre modelos institucionales fuertes, con ejecutivos que limitaban facultades y prerrogativas de los otros poderes, y la constante promoción de las libertades.

Para los patriotas italianos, este debate jugó un papel importante. Entre otras cosas porque ayudó a desarrollar las consideraciones sobre la dictadura, como ejemplo de necesidad de un poder revolucionario fuerte. En este sentido, la cuestión contribuyó a marcar sobre todo el paso entre la primera generación de demócratas, los que adhirieron su propia militancia a la huella marcada por la Revolución Francesa, y la segunda, emergida en el escenario durante los primeros años de la tercera década del siglo XIX. Ambos grupos apreciaban al modelo de dictadura de la Roma antigua. Sin embargo, si para la primera el *dictator* debía tomar las riendas de la sociedad y mantenerse en el poder hasta su emancipación, para la segunda el poder dictatorial debía desarrollar solo un papel contingente y limitado, útil a acelerar el momento del rescate nacional, pero listo a dejar espacio a instituciones verdaderamente democráticas y representativas.

Conclusiones

Enraizada en el más amplio proceso revolucionario de Occidente, la emancipación de las colonias hispanoamericanas no se obtuvo solo luchando sobre los campos de batallas o maquinando diplomáticamente.

Las armas y las maniobras internacionales fueron determinantes para conquistar la victoria final y asegurar así la que ha sido denominada la *consolidación o cristalización revolucionaria*.⁴² Detrás de estas, sin embargo, existía un proyecto tanto político como cultural, originado y alimentado al interior de una “sociedad civil transnacional” que entre los siglos XVIII y XX emprendió esa lucha mundial por la libertad destinada a derrotar el antiguo orden absolutista.

41. Sobre esto véase., L. Riall, *Eroi maschili, virilità e forme della guerra*, in *Storia d'Italia, Annali* 22, *Il Risorgimento*, al cuidado de A. M. Banti, P. Ginsborg, Einaudi, Torino 2007, pp. 253-288.

42. J. Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia* cit., p. 42.



Los miembros de esta sociedad –a menudo apresuradamente y erróneamente considerados solo como exponentes de los varios segmentos de la burguesía– propiciaron una amplia movilización de ideas, elaboradas según diferentes sensibilidades políticas, pero siempre encaminadas a la edificación de una nueva sociedad moderna. Aprovechando de los circuitos internacionales ya existentes, se fueron construyéndose así puentes intelectuales sobre los cuales fluían debates constitucionales e institucionales, narraciones históricas, políticas y económicas.

América Latina, según los tiempos y las modalidades anteriormente analizados, representó un pilar fundamental para la creación de estos puentes. Captando y adaptando a sus necesidades el nuevo ideario revolucionario, la región logró liberarse de una potencia colonial, proclamando la libertad de los nuevos Estados y tratando de organizarlos bajo constituciones liberales.

Como tal, el área se transformó en un punto de referencia para las generaciones contemporáneas que, del otro lado del Atlántico, se oponían y sufrían las lógicas de la Restauración. Los que respondieron al atractivo hispanoamericano fueron sobre todo los integrantes de la “vanguardia resurgimental”: patriotas italianos que consideraban al liberalismo y al republicanismo desde diferentes posiciones, y que juzgaron a la experiencia revolucionaria suramericana como un modelo para la emancipación y la unidad de los mismos territorios peninsulares; en una palabra, un ejemplo eficaz en la elaboración de un programa de lucha útil para contribuir a solucionar el “problema italiano”.

Desde los padres de la democracia resurgimental hasta los representantes de un liberalismo más moderado, muchos patriotas, de hecho, apreciaron en los asuntos latinoamericanos una experiencia de maduración ideológica.

Los que tuvieron relaciones directas con los *próceres* y los protagonistas de los escenarios políticos nacionales posindependentistas trataron de adelantar propuestas y medidas para organizar políticamente los nuevos Estados. Otros se limitaron a participar a distancia en los debates sobre las opciones gubernativas, las problemáticas, los destinos y las aspiraciones de las nuevas repúblicas. Finalmente, algunos elogiaron los ejemplos de virtudes militares que era oportuno importar en la península para abatir las bayonetas austriacas y sus aliados. No todos, sin embargo, comprendieron el auténtico significado que los asuntos revolucionarios hispanoamericanos podían transmitir al resurgimiento. Es decir, que la libertad en sí misma no era liberación y que esta solo podía conseguirse con una verdadera independencia.



Será sobre todo mérito de Giuseppe Mazzini y del mazzinianianesimo, a partir de los años treinta, tratar de llamar la lucha resurgimental a este orden de objetivos.

De todas formas, el nexo de la región latinoamericana a la lucha mundial por la libertad y el atractivo que, luego, el área ejerció sobre los patriotas italianos puso a la luz la conexión entre las formas de expresión de las ideologías liberales en Europa y Suramérica, así como las relaciones existentes entre los patriotismos de dos “mundos” diferentes.

Una de las huellas más evidentes que esta conexión produjo en la península fue la consolidación del antiespañolismo, entendido como «expresión [...] de la relación entre cultura, sociedad y política».⁴³ Se trataba de un concepto presente en la península italiana, como parte del espacio geopolítico del sistema imperial español, desde el siglo XVII. Sin embargo, la resonancia de las revoluciones latinoamericanas y de los valores proclamados en contra de la opresión española alimentó su definición, favoreciendo su radicalización en los círculos liberales.

El antiespañolismo fue adquiriendo, así, una función cada vez más central en la tradición resurgimental y en su calificación del mundo hispánico; una percepción que durante el mismo Resurgimiento caracterizó la aversión hacia las formas de gobierno austríacas y borbónicas. Como ocurría en la otra parte del Atlántico, de hecho, el mal gobierno ibérico fue considerado la causa más grave de la pobreza y del atraso de los territorios que lo habían soportado. Los más duros actos acusatorios en contra del sistema español fueron hechos, como es notorio, por los grupos democráticos y federalistas. Entre ellos, sobresalió especialmente la voz y los escritos de Carlo Cattaneo,⁴⁴ observador atento de los acontecimientos de América latina.⁴⁵

Lamentablemente, los intercambios intelectuales que se desarrollaron a ambos lados del Atlántico experimentaron recíprocas erróneas percepciones. La movilización de ideas, proyectos esfuerzos y hombres que, aunque con diferentes percepciones, estaban encaminados

43. A. Musi, *Fonti e forme dell'antispagnolismo nella cultura italiana tra Ottocento e Novecento*, en A. Musi (al cuidado de) *Alle origini di una nazione. Antispagnolismo e identità italiana*, Milano, Guerini e Associati, 2003, p. 11.

44. Cfr. A. Mattone, *Antispagnolismo e antipiemontesismo nella tradizione storiografica sarda (XVI-XIX secolo)*, en A. Musi (al cuidado de), *Alle origini di una nazione*, cit., pp. 307-8.

45. Cfr. A. Albonico, “Tra padri della patria italiana e “próceres” locali. L’ambigua complessità dell’America Latina, en *Il mito del Risorgimento nell’Italia unita*, Actos de la Conferencia – Milán, el 9-12 de noviembre de 1993, recolectados en *Il Risorgimento*, año XLVII n. 1-2, Milano, 1995, pp. 412-16.



a perseguir un objetivo común, encontraron en estas un concreto límite; mejor dicho, un componente de obstáculo que no permitió, a pesar de la compartida coyuntura histórica, corregir esa relación Europa-América Latina que ya se movía y que habría seguido moviéndose entre ambiguos factores de atracción y distanciamiento.⁴⁶

Las ambigüedades y las imprecisiones afectaron también las relaciones con los patriotas italianos, muchos de los cuales paulatinamente vieron desvanecer los entusiasmos con que habían saludado la afirmación de los principios de libertad e independencia en América Latina. La confirmación de eso habría ocurrido sobre todo después de la Unificación.

Muchos protagonistas de la época resurgimental –entre ellos viejos patriotas de orientación democrática y republicana– abandonaron, de hecho, el optimismo con el cual habían aclamado la transformación de las colonias españolas en repúblicas independientes. Disímiles factores de orden político y psicológico muy interrelacionados entre sí contribuyeron a cambiar esta predisposición. Por ejemplo, influyó mucho la turbulencia política de los países latinoamericanos que condujo varios a juzgar que aquellos Estados eran áreas esclavas del caos y que se basaban en conciencias colectivas inestables y frustradas. Incidió mucho también el punto de vista desde el cual se miraba la realidad latinoamericana: la perspectiva de un sistema internacional que seguía siendo básicamente fundada sobre el *predominio* europeo, con su soberanía monárquica y en el cual las débiles repúblicas de allende el Atlántico parecían sujetos que se tenían que acoger en la comunidad de Estados con el mayor número de condiciones y restricciones posibles. En este sentido, parecen significativas las palabras que el demócrata Giuseppe Ricciardi, en pasado entusiasta admirador de Bolívar, escribió en 1879:

«¿Qué encontraremos nunca en la parte central y meridional del nuevo hemisferio? ¡Una docena de Repúblicas mal ordenadas, frecuentemente combatiendo entre ellas, y en las que estalla una revolución cada dos o tres años, y un presidente es matado cada cinco o seis meses! A estas Repúblicas hay que preferir el imperio de Brasil, que es el único, desde la frontera del norte de México hasta la Tierra del Fuego, que posee un gobierno regular, y goza de un orden y una paz, tan notables como raros lastimosamente son en el nuevo mundo».⁴⁷

46. Para una primera reflexión sobre este tema véase A. Boeckh, *Europa-América Latina: entre atracción y distanciamiento*, en L. Parra París, *La independencia: recepción de ideas y construcción de mitos*, Universidad Nacional, Bogotá, 2012, pp. 13-35.

47. G. Ricciardi, *Uno sguardo al futuro, ovvero testamento politico*, Napoli, A. Morano, 1879. El opúsculo se vuelve a publicar en *Il pensiero democratico e socialista dell'Ottocento*, Introducción



El escepticismo de Ricciardi se podía considerar como la expresión de una paradoja, gracias a la cual también los patriotas italianos que, basándose en sugerencias voluntarias, se habían acercado de una manera optimista a la independencia latinoamericana, acabaron alimentando aquel mito de la inferioridad política de los países de América del Sur, que aún se mantuvo durante el siglo XX.

De todas formas, tampoco los bruscos e inesperados desarrollos de una relación empezada al comienzo de la edad moderna pudieron borrar el rol protagónico que los espacios latinoamericanos tuvieron en el marco de la revolución de Occidente y el atractivo que sus asuntos ejercieron sobre los círculos liberales europeos. Sentimientos políticos compartidos, vínculos de solidaridad y estrechas colaboraciones entre patriotas de países diferentes constituyen la prueba más evidente de un común destino histórico que en sus manifestaciones ideológicas y culturales ofrece hoy en día nuevas y originales perspectivas de investigación.

de A. Romano, elección de Z. Ciuffoletti, Roma, Istituto poligrafico e Zecca dello Stato, 1997, pp. 539-48.